

La Iglesia española se siente, por primera vez, en libertad, sin apoyos ni restricciones

Monseñor Sebastián desputa en el Congreso de Pastoral como un gran líder

Madrid. Santiago Martín

La Iglesia católica en España está recogida en uno de esos momentos importantes en los que se reflexiona colectivamente sobre el pasado y el futuro. Se trata del Congreso de Pastoral Evangelizadora que se viene desarrollando desde la tarde del jueves y que será clausurado mañana. En la primera ponencia, monseñor Fernando Sebastián marcó ya la línea: luchar contra la secularización en un ambiente de plena normalidad institucional.

Cuando aún están dándose los primeros pasos del Congreso de Pastoral Evangelizadora, con el que la Iglesia católica quiere recomponer su figura a fin de adaptar el paso convenientemente para entrar con el mejor pie en el año 2000, la figura de monseñor Fernando Sebastián ha emergido ya, desde los primeros momentos, como la de un gran líder.

La ponencia inaugural estuvo a su cargo y su conclusión fue acogida por los dos mil participantes con cerrados aplausos. Y no es porque las palabras del prelado navarro hubieran sido ricas en halagos.

Monseñor Sebastián empezó recordando «el peligro del escepticismo» que hoy afecta a toda la sociedad y que «tiene el prestigio de actitud culta y elegante». Después se introdujo en el análisis de lo que han sido los últimos años de la vida de la Iglesia. «La Iglesia más cercana -afirmó-, de la que nosotros somos directos herederos, fue una Iglesia de mártires, también de verdugos, tristemente, pero de muy pocos apóstatas. Si en otros tiempos los pecados fueron el resentimiento, el odio, la violencia, la explotación y la falta de respeto por la libertad de los demás, hoy vivimos asediados por las tentaciones que nacen del bienestar, la soberbia, la comodidad, la molicie, la infidelidad y la hipocresía».

Alejarse de los vencedores

Para el que fuera secretario general del Episcopado, la década del 65 al 75 estuvo marcada por la necesidad que experimentó la Iglesia de «liberarse de la identificación con los vencedores de la guerra civil» y la «necesidad de defender los derechos de los vencidos». El segundo periodo, el de la transición, se caracterizó por «las grandes llamadas a la reconciliación, la renuncia a los privilegios respaldados por la confesionalidad del estado, la aceptación de una Constitución democrática». En el tercer periodo, el de los catorce años socialistas, «la Iglesia española vive con duras dificultades internas y externas su verdadera transición. Pasa de una situación protegida a tener que vivir bajo sospecha y en régimen de poco más que tolerancia. A la vez, la influencia de la cultura ambiente favorece el desarrollo de un fácil progresismo dentro de la Iglesia, que espera una benigna aceptación del Evangelio haciendo concesiones a la secularidad imperante en el modo de interpretar la doctrina y la moral cristiana, a veces en clara tensión con el propio magisterio y las sanas tradiciones de la Iglesia».



Monseñor Sebastián

El prelado navarro destacó que en los últimos años «estamos entrando en un tiempo que podríamos llamar de normalización social y pastoral. No porque todo lo que hay sea correcto y aceptable, sino porque poco a poco nos vamos liberando de las anomalías históricas y políticas de los años pasados y nos vamos situando con objetividad y libertad de espíritu en la dura situación de las sociedades occidentales del momento». «Por primera vez después de muchos años -dijo más adelante-, la Iglesia española vive en plena libertad, en una sociedad suficientemente libre y democrática, sin apoyos privilegiados, pero también sin especiales presiones ni restricciones, sin falsas protecciones que le impidan sentir cerca de sí el dolor de un mundo que sufre en las tinieblas de la incredulidad».

Opción por los pobres

En cuanto a las características de la evangelización en las circunstancias actuales, monseñor Sebastián recordó, entre otras cosas, que «evangelizar no es aliviar los sufrimientos de los demás, ni poner en marcha grandes movimientos de solidaridad con el Tercer Mundo, ni es tampoco por sí misma la repetida opción por los pobres. Nada de esto es la fe en su radical teología. Evangelizar es ayudar a creer gozosamente en Dios, ayudar a descubrirle como una luz reconfortante en la noche del mundo, en la propia noche interior. Ayudar a poner la vida eterna y la salvación personal en el centro del deseo y de la esperanza. A partir de ahí el que ha sido evangelizado alcanza la paz, una paz comunicada por Dios, no por nosotros; a partir de ahí se puede consolar y transmitir esperanza; a partir de ahí la opción por los pobres y el servicio a los que sufren puede ser real».

Por último, afirmó: «La experiencia nos lo demuestra duramente. Y algunos todavía no lo quieren reconocer. Las Iglesias, las instituciones, los grupos donde predomina el secularismo y no se vive la mística religiosa y eclesial de la fe católica, languidecen en una esterilidad misionera sobrecogedora».

Curiosamente, en este Congreso sólo se celebrará la Eucaristía de forma colectiva un solo día, el último. En los demás, hay oraciones introductorias y una celebración de la penitencia.

Teólogos Juan XXIII

Paralelamente a ese Congreso, y como ya ha informado ABC, se está celebrando otro, organizado por la asociación de teólogos Juan XXIII. Su tema es «Cristianismo e Inmigración». En una de las ponencias se ha analizado la Ley de Extranjería y se ha insistido en que «no basta una política curativa de acogida e integración mientras no se ataquen las causas profundas y se implante un sistema de desarrollo humano sostenible de reparto equitativo de los bienes y las oportunidades».

Palabra de Vida

LA SERPIENTE Y LA CRUZ

En este domingo celebramos la fiesta de la exaltación de la cruz. Toda la liturgia de hoy se centra en el misterio de la cruz.

En la Sagrada Escritura, la palabra misterio no alude a una doctrina o afirmación oscura que supera nuestra capacidad de comprensión, sino a la eterna decisión salvadora de Dios, inescrutable para nosotros y revelada por Él. Jesucristo experimentó en su humanidad el insondable misterio de Dios y su voluntad salvífica. En la carta de San Pablo a los Filipenses se nos presenta a Jesús, sometido a este doble proceso, de cruz hasta la muerte y de glorificación divina.

La teología del sufrimiento aparece clarísima en el Antiguo Testamento, aplicada al Siervo de Dios. Pero el judaísmo jamás aplicó estas afirmaciones del sufrimiento al Mesías esperado. Le parecía inaceptable ver sufriendo, anonadado, a quien había de ser un Rey temporal más poderoso que cualquier otro de la tierra. Pero Jesús sí se aplicó precisamente a sí mismo todos los rasgos del Siervo de Yahvé, para hacer más intuitiva su misión redentora. La Cruz de Cristo fue la llave que abrió la interpretación del Antiguo Testamento a ese horizonte de la purificación, mediante el dolor que redime y nos acerca a Dios.

San Pablo constantemente desarrolla y abunda en estos pensamientos. Y Jesús en el Evangelio de hoy habla de que tiene que ser puesto en lo alto -en cruz- «para que todo el que crea en él tenga vida eterna». Y trae a colación el episodio de los israelitas en el desierto, que protestan airados contra Dios porque se sentían extenuados, y Dios los castiga duramente permitiendo que muchos mueran por la picadura de serpientes venenosas.

Pero enseguida la misericordia: también hizo Dios que se levantase un mástil, y sobre él una serpiente de bronce, y que dirigieran a ella su mirada se curasen de las heridas causadas por el veneno. Era el símbolo de la cruz redentora, que levantada en alto, y sobre ella el cuerpo sacratísimo del Redentor, traería al mundo el fruto de la Redención.

La paradoja de la cruz es reveladora del amor de Dios que supera toda comprensión. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Unigénito. Jesucristo, clavado en la cruz, es la radicalización del mensaje de amor que transforma el mundo. Es el amor que reconcilia, que une, que es comunión con todo el dolor y sufrimiento de cada persona que quiere unirse a Él. Desde la cruz de Cristo oímos palabras que pueden orientar definitivamente nuestra vida y llenarnos de consuelo. Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Asistimos también a la primera canonización, la de un ladrón crucificado que le mira, se arrepiente y cree en Él. Acuérdate de mí cuando estés en tu reino. Hoy estarás conmigo en el paraíso. Y a la formación de la familia de los cristianos en el mundo en la que invocamos a Dios como Padre, a Cristo como Hermano Mayor que a todos nos ofrece la salvación, y a María nuestra Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, ahí tienes a tu madre».

Nos enseña, en fin, a vivir y a morir. «Padre, en tus manos estoy, a tus manos entrego y encomiendo mi espíritu».

Cardenal GONZÁLEZ MARTÍN
Arzobispo emérito de Toledo